

Con un gesto, Vicente hizo callar á Julio. Apartado unos pasos, Andrés, que lo escuchaba ansiosamente, con estupor, como quien oye algo nuevo, inesperado, mostraba un cambio brusco en su semblante. Su mirada, antes alegre, habíase hecho triste, errabunda, y encogía el cuerpo como si de repente se hubiera trocado el calor de aquella mañana meridional en el frío de un crepúsculo del Norte, y cual si la vida, que antes sentía henchirle el pecho, se le escapase á borbotones por todos los poros. Adivinábase que para el desgraciado Andrés habían dejado de existir de pronto el cielo azul, el sol esplendoroso, el mar recamado de oro y plata: fundíase todo en el gris tristón de sus renovadas visiones de muerte.

—Vaya, vaya, dijo Julio cogiendo de un brazo al amigo, sigamos un poco bajo este toldo de flores, gozando de su aroma...

Andrés se dejó arrastrar; pero á sus ojos ya no brillaba el campo con los colores triunfales de la primavera inesperada, ni su piel sentía el calor que invadía la llanura como un vaho de regeneración. La idea de lo contingente de aquel alarde, le dominaba: y en su imaginación veía ya volar deshojadas, en blanco torbellino, á impulso del viento helado de la sierra, las flores del almendro, y qué la muerte volvía á llamarle con golpes de tos redoblados, impacientes...



## LA ROMERÍA

### I.

Como era natural, Félix se aburrió mucho los primeros días. Para ser exactos, mejor sería decir que se abismó más y más en aquella profunda melancolía que lo tornaba indiferente á todas las cosas, y que sólo sabía sacar, de la Naturaleza y de los hombres, notas tristes, motivos de amarga y desilusionada reflexión. Verdaderamente, el caso no era para menos. Figuraos un muchacho en la flor de la edad, herido por cruelísima dolencia cuyo carácter él ignoraba, pero cuyos efectos no dejaba de sentir, moralmente sobre todo, y á quien, por razón terapéutica, se arranca de la corte—tan llena de encantos para la juventud—y se le aísla en una aldea cantábrica, rica en bellezas naturales, pero desnuda, ó poco menos, de esos atractivos del comercio social con que seduce la compleja vida de las grandes ciudades.

A Félix le entristeció aquel paisaje, aquel cielo pocas veces claro, aquella soledad de espíritu que le rodeaban. Su nodriza—en cuya casa fué á parar—desvivíase en obsequios, en cuidados, en finuras culinarias, dirigidas

á despertar el reacío apetito del «niño» descolorido que venía á recobrar salud. Pero Félix ni comía ni se solazaba. Refugióse en la intimidad de algunos libros, que leyó dos y tres veces; pero al cabo vino la fatiga mental, y rechazó también los libros. No tenía ganas de escribir. Reíase ahora de sus escarceos literarios de adolescente, que se le antojaban ridiculos y vanidosos. A su padre—única familia que le quedaba,—retenido en Madrid por la fiebre de los negocios que á Félix repugnara siempre, puso dos letras noticiándole su instalación en Robledales, y nada más.

Pero á medida que la lectura le repugnaba, le fué ganando la Naturaleza. Le subyugó sobre todo una noche cuando, apoyado en la baranda de la *solana*, entreteníanse en oír el rumor de la marea ascendente, que iba llenando la ría con un fuerte glú glú coreado por el hervir de las olas en la vecina barra. Estaba el cielo obscuro, entoldado, pero de entre las hendiduras de las nubes escapábase el ténue resplandor de la luna menguante, que iluminaba el agua levemente, destacándola, como una inmensa cinta plateada, del fondo sombrío de la ribera fronteriza, cubierta de bosque. Junto al muro de contención de Robledales, balanceábase una lancha bonitera, con su farol de luz rojiza, y sobre cubierta veíanse los bultos indefinidos de los pescadores, que charlaban en voz baja, con aire que á Félix le parecía misterioso. De pronto, sopló una ráfaga de viento que esparció rápidamente por el agua un rizado suave, obscureciéndola el brillo; y de las nubes comenzó á caer ligerísima lluvia, callada y fresca... La melancólica poesía de aquel paisaje entre nieblas acomodábase bien con el alma tristonza de Félix y despertó en ella nuevos deseos. Con la febril impaciencia de todos los nerviosos, esperó la mañana con sueño agitado y quebradizo.

Muy temprano ya, paseaba Félix por el río en una

lancha que manejaban dos rapaces, hijos de la nodriza. El sol brillaba francamente en un cielo sin nubes, dando extraordinaria brillantez al panorama. Se le antojó entonces á Félix ir á Pedrosa, la aldea fronteriza de Robledales, asentada á la entrada misma de la ría sobre un terreno arenoso que el mar aumentaba año tras año, regalando á los pescadores una hermosísima playa, desierta casi siempre.

Aquel día no lo estaba. Tras un promontorio de arena, divisó Félix una como á modo de tienda de campaña aderezada con lienzos blancos, sugetos por largos varales de castaño todavía medio cubiertos de hojas. Como los indigenas de Pedrosa no suelen usar tales requilorios para bañarse ó para estacionar en la playa, picóle á Félix la curiosidad y se fué acercando discretamente por el linde mismo de las olas, como quien busca conchas marinas. Aún no había andado mucho, cuando vió salir de la tienda dos mujeres y un niño. Vestían traje de baño una de aquéllas y el rapazuelo, lindísimo rubio de rizada cabellera. La otra, cubierta la cabeza por una roja sombrilla, que llevaba inclinada del lado de Félix, no dejaba ver más que el talle y la falda de percal rameado, ligeramente reman-gada. A pocos pasos del mar, se sentó en la arena, mientras los bañistas, con gran intrepidez, afrontaban las olas espumosas, no sin gritos cada vez mayores, á medida que penetraban agua adentro. Por fortuna, la intrepidez duró poco; y satisfechos de haberla demostrado cumplidamente, la mujer y el niño paráronse á pocas varas de la orilla, sin perder el pie, por supuesto, en evitación de alguna jugarreta del oleaje.

Echóse Félix sobre la arena, afectando mirar los impetuosos movimientos del niño, que no podía estarse quieto un momento; pero, en rigor, tratando de verle la cara á la dama de la sombrilla. La cual no tardó mucho, por cierto, en satisfacer la curiosidad de Félix,

torciendo la cabeza para mirar hacia Levante y mostrando una cara en que la juventud parecía luchar todavía con ventaja contra cierta alarmante demacración, que á primera vista pudiera tomarse por signo de prematura vejez. Pero Félix no se dejó engañar. El brillo de los ojos, negros y grandes; la hermosura del pelo sin una cana, y el vivo color rosado que hacía más salientes los pómulos, le dijeron lo bastante en punto á la edad de la desconocida, á la vez que la demacración, más notable, cuanto más se reparaba en ella, le impresionaba dolorosamente. «Una enferma», pensó. Y sintióse atraído hacia ella por íntima simpatía, que emanaba de la obscura conciencia de un estado igual, cuya importancia desconocía y aún se negaba á reconocer, bien que su peso le agobiara con grave amargura en las horas de tristeza y soledad.

## II.

En las condiciones en que se hallaban, así las forasteras como Félix, pronto nace y se arraiga la amistad. Afianzála el hecho de ser paisanos, que al punto se reveló y que los acercaba en gustos, en recuerdos y en añoranzas. Eran en efecto ambas damas madrileñas, madre ó hija, solas en el mundo por reciente muerte del marido y padre, preocupadas ambas, en medio de su tristeza, por la crianza del último vástago de la familia, el precioso rubio de rizosa cabellera, resumen para las dos del mundo entero. Parecía así, á primera vista; pero Félix adivinó muy luego que la madre llevaba consigo una preocupación mayor, llena de tristezas, de la que era como descanso y consuelo aquella otra del niño, henchida de alegrías y de esperanzas.

Con pudorosa discreción, la madre nada dijo, y á las preguntas de Félix contestó siempre con vaguedades; pero el joven comprendió bien que Ricarda, la hija, era víctima de grave enfermedad y que la madre sabía la verdad toda. Acercóle esto más y más á las forasteras; y olvidando sus propios males, como si él vendiera salud, consagróse á distraer, á cuidar con mil cariñosas atenciones, á la pobre enferma, que parecía ignorar su estado y que iba recibiendo, de aquella vida llena de halagos de la Naturaleza y del afecto, como un nuevo soplo de vigor, que la transfiguraba. Atribuyóse Félix este favorable cambio, tanto más aparente cuanto más superficial, y le aficionó á su espontánea tutela, en que hallaba además plena satisfacción á su genio comunicativo en la intimidad, ganoso de confidencias y que sólo sabía gustar de la belleza de las cosas cuando podía comunicar á un tercero sus impresiones. Combináronse así su enfermiza sensibilidad que propendía al amor de los débiles por romántica dedicación, y aquella admiración de la Naturaleza que cada día le iba ganando más y más, sumiéndolo en éxtasis deliciosos, revelándole á cada paso nuevas y sorprendentes maravillas que él iba determinando con trazos fuertes y de pasmosa realidad, sacándolas del vago mundo de sus sensaciones á medida que las contaba á Ricarda para que en ellas reparase y se solazara la joven. A diferencia de tantos otros hombres que en sociedad viven del espíritu y solo se dejan penetrar por las cosas, Félix vivía de sí mismo en la soledad, ajeno á todo lo exterior, y únicamente se aguzaban sus admirables facultades imaginativas respecto de la Naturaleza, el vigor de su observación clara y penetrante, la fuerza plástica de su visión interna, cuando podía traducirlas en palabras. Ricarda, por el contrario, sentíase apartada de las cosas cuando Félix hablaba de ellas, y sólo oía la voz de aquel espíritu que se apoderaba de la realidad.

exterior y la interpretaba con ardiente poesía, más grande que la misma grandeza del campo y del mar. Y así vivieron muchos días, unidos por tantos lazos externos; pero, en rigor, sin entenderse uno al otro, porque sus almas llevaban muy distintos caminos, mientras sus ojos parecían contemplar las mismas posturas de sol que enrojecían las aguas del Cantábrico, las mismas noches de suave luna y horizontes nubosos, el mismo batallar imponente y magnífico de las olas sobre las costas bravas y la playa finísima de Pedrosa.

Y fué cosa admirable que Ricarda, incrédula, como todos los tísicos, de su mal, á medida que pasaba el tiempo fuese trocando los papeles, y pasando de tutelada á tutora; primero, con la sospecha de que Félix era el enfermo; luego, segurísima de que su acompañante era un sentenciado sin apelación, que se acercaba á pasos agigantados hacia su fin. Y era verdad que aquellas exaltaciones de espíritu en que Félix caía á cada momento, aquellos arrebatos de imaginación ante las bellezas naturales, aquella ternura sentimental con que atendía «á la enferma» y procuraba contrarrestar al enemigo con excursiones campestres y marinas, con esfuerzos sabiamente graduados, con mil medios que vigorizasen el cuerpo, le iban á él hundiendo en mayores fatigas, en irreparable flaqueza que cada día le costaba más vencer. Tocóle entonces á Ricarda procurar por Félix, apartarle las ocasiones de desmesurados esfuerzos, corregirle las locuras, detenerle los impetus, sin que él diera á tan constante solicitud otra interpretación que la de cortesía y resarcimiento agradecido de los cuidados que él se obstinaba en prodigar.

Ni por un momento se les ocurrió ni al uno ni al otro pensar en más íntimos afectos que pudieran unirles. Parecía haberse suprimido en ellos el sexo; y Félix con su caridad sentimental y su egoísmo intelectual, Ricarda con su admiración ingénuo y su lástima pia-

dosa, parecían no ver en su compañero más que un prójimo, un hermano necesitado de apoyo y digno de toda confianza. Muy á menudo niegan los hombres sus estados de conciencia por no reflexionar acerca de ellos, hasta que una circunstancia fortuita, chocando bruscamente con el espíritu, hace saltar de él brillante chispa que lo ilumina plenamente.

Avanzaba Agosto con sus tardes ardorosas, sus noches tranquilas y sus altas, bramadoras mareas, cuando Félix fué despertado de su ensueño por una carta llena de insinuaciones que le impresionaron dolorosamente. Avisábale en ella el secretario de su padre de cierta dolencia que había postrado á éste en cama, y dejaba entrever lo conveniente que sería la vuelta del hijo á Madrid. Meses antes, cuando recién llegado á Robledales, la menor indicación de retorno hubiera hecho bailar en un pie á Félix. Ahora le dejaron frío aquellas insinuaciones del secretario. Resistíase, por una parte, á creer en la importancia de la enfermedad noticiada, reacio, como todos los hijos, á la idea de que su padre pudiese morir, al igual de todos los hombres; y sentía además vivamente, en lo hondo del alma, aquel tirón brusco que lo descuajaba del terreno en que tan hondas raíces había echado. Comunicó sus cuitas á Ricarda y su madre. Ambas opinaron que Félix debía marcharse en seguida. Transigiendo con opuestas tendencias de su espíritu, determinó irse, pero demoró el viaje veinticuatro horas.

### III.

El verano es la época de las romerías en la región cantábrica. Las hay con profusión, casi á diario, con su acompañamiento de cohetes voladores de fuerte es-

tampido, charangas, gaitas, tambores, bailes populares... y borracheras. Los vecinos de Pedrosa son en esto privilegiados: tienen dos romerías. Una para celebrar la fiesta de San Juan Bautista, su patrón; otra dedicada á San Telmo y caprichosamente establecida á mediados de Agosto, sin relación ninguna con el día del santo abogado de los marineros. Félix quiso despedirse de Pedrosa y de sus amigas madrileñas asistiendo á esta fiesta, que por su originalidad, por su belleza incomparable, era muy propia para excitar el fondo romántico, la verbosidad grandilocuente del joven. Ricarda y su madre —y muy especialmente el pequeño— acogieron con aplauso la idea, ganosas de presenciar el singular espectáculo. La romería de San Telmo tiene, efectivamente, la singularidad de celebrar uno de sus actos principales, no en tierra firme, sobre la hierba fresca de las praderas, como de costumbre, sino en la ría, sobre el agua de caprichosos destellos y cambiantes colores. La procesión se organiza en lanchas; y por algunas horas la ría, de ordinario silenciosa y casi desierta, puéblase de embarcaciones y despierta sus ecos con cánticos de iglesia, sonoridades de músicas, voces y aclamaciones de muchedumbre.

Aquel año ayudó mucho el tiempo. Tarde más serena, no la vieron en muchos años los traineros de Pedrosa ni los vecinos de Robledales. Soplaban el Nordeste lo preciso para templar excesivos ardores del sol, rizando suavemente las aguas que llenaban la ría en magnífica, rebotante marea; y la pureza del ambiente era tal, que las dos riberas dibujaban con limpidez insuperable las masas de sus montes y bosques, hasta los más lejanos, los recodos sombríos de sus valles, las manchas brillantes de los caseríos y el recortado encaje de los pinos y robles que coronan las alturas, sobre el fondo triunfador del cielo azul, exento de nubes. Aunque se movilizaron todas las lanchas de los pueblos ri-

bereños, gran gentío quedó sobre la arena de Pedrosa, reducido á contemplar desde la orilla la original procesión. Distribuyóse la clerecía en varias barcas, algunos de cuyos remeros llevaban el traje de nuestros marineros de guerra; el pendón y los ciriales iban en otra, y tras ella seguía la más notable y vistosa, la del propio San Telmo, adornada con un lindo bergantín de un metro de largo, cargado de velas y banderolas; venían luego la música, la gaita y el lucido y numeroso acompañamiento. Movióse toda la escuadrilla hacia el centro del río buscando el canal y la corriente, que impulsaba hacia arriba; é iluminada por el dorado sol, reflejó en el agua los mil colores calientes y vivos de los trajes, los estandartes y las traineras. De vez en cuando, hendía los aires el fuerte ronquido de un volador, que estallaba en lo alto con gran estrépito, repetido en los montes; y las voces de la muchedumbre formaban un clamoreo en que la sutil conductibilidad del agua permitía distinguir muy á menudo, desde la ribera, las palabras claras y vibrantes.

Tripulaba Félix un bote con sus dos inseparables amigas y un pescador de Robledales, y sentíase tan alegre, tan arrebatado por la hermosura de la fiesta, en medio de aquella Naturaleza esplendente de luz y color, de vida y movimiento, que todo lo olvidó: la enfermedad de su padre, el dolor de la próxima partida, las zozobras de su espíritu inquieto. Dejábase llevar por la corriente de bulliciosa expansión que le rodeaba; y sintiéndose fuerte, lleno de empuje, rebosante de savia, cogió un remo y probó á impulsar la embarcación, gozoso de ser él quien, en parte, condujese sobre la azulada ría á las dos madrileñas, en verdad más temerosas que regocijadas. Ricarda trató de oponerse al inusitado esfuerzo de Félix, temiendo, como era natural, que le perjudicase; pero él, negándose con dulce firmeza, entusiasmábase más y más, animado por los aplausos del

niño que saltaba de puro gozo y por las seguridades del pescador, según el cual «nada hay que cure y fortalezca tanto como los remos.»

Remando, remando, alejaronse de la comitiva, contemplándola á distancia, en conjunto; hasta que llegó un momento en que, agotado el febril empuje de Félix, vino rápidamente el cansancio y tuvo que confesarse vencido, no sin subterfugios retóricos que las señoras aceptaron con benévola sonrisa.

Detrás de ellos avanzaba pausadamente la escuadrilla de lanchas, cuyos remos, movidos á compás, parecían desplumadas alas de gigantesos pajarracos que corrían sobre el agua como las gaviotas blancas y grises de la costa. El sol iba cayendo, ocultándose tras el monte de Robledales; y el río adquiría tintas cada vez más pálidas, cambiando el azul vivo por un plateado que en varios puntos obscurecían ó agrisaban los reflejos de la tierra.

Respirando difícilmente, mojado en sudor el cuerpo todo, Félix se había sentado junto á Ricarda; é invadido por mortal desaliento, miraba silencioso el paisaje, sintiéndose dominar rápidamente por la tristeza y el temor. Como quien busca un refugio, volvióse hacia su compañera, y la vió pálida, anhelante, más recortadas y vivas las rosetas de los pómulos, más brillante é investigadora la mirada. ¿Qué extrañas preguntas leyó en ella, qué intimidades bruscamente reveladas se pintaron en aquellos ojos, para que Félix palidciera también y sintiese, allá en lo hondo del pecho, ahogadora opresión que vino á resolverse en una ola de ternura, portadora de sentimientos nuevos é inesperados?...

Uno y otro sostuvieron la mirada, procurando penetrarse mutuamente. Negándose cada cual á sí propio la verdad de su dolencia, vieron con claridad la ajena y se compadecieron como nunca; pero en el fondo de ésta compasión había algo nuevo, una esperanza halaga-

dora, cada vez más viva, que había fructificado en la tierra fecunda de una atracción largo tiempo incubada.

Bajo aquel cielo luminoso, sobre aquella agua movidiza, de obscuro y temeroso seno, estalló una vez más el amor despreciador de la muerte, uniendo con ilusiones de vida á los que nunca habían de engendrarla. Y como un himno de victoria, resonaron entonces, más pujantes y alegres, los vivas, las exclamaciones de la muchedumbre y las vibrantes notas de la música, rimadas por el golpe sonoro de los remos, que sin cesar hendían el agua y sacaban de ella chorros brillantes, gotas salpicadoras henchidas de ese olor sano y fuerte con que el mar embalsama las playas.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
CALLE 15 DE ABRIL, MONTERREY, MEXICO

Este  
libro se aca-  
bó de imprimir en el  
establecimiento tipográfico de  
los Sres. HIJOS DE VICENTE COSTA,  
de Alicante, el día 31 de  
Marzo, del año mil  
novecientos  
diez.

## ERRATAS

---

*Las pocas que se han deslizado en la im-  
presión del presente volumen son de tal indole  
que no necesitan ser subsanadas.*

*El claro talento del lector nos releva de ello.*

---